

**DISCURRIR POR LA
TRUCULENCIA. ENSAYO Y
ESTADO EN AMÉRICA
LATINA HOY**

*GO THROUGH THE
TRUCULENCE. ESSAY AND
STATE IN LATIN AMERICA
TODAY*

Víctor Barrera Enderle¹
(UANL)

RESUMEN: Durante las últimas décadas hemos presenciado la transformación del Estado-nación latinoamericano en una suerte de simulacro siniestro: sitio eriazo donde se cruzan las políticas neoliberales, la marginación y la violencia. La literatura ha experimentado, igualmente, transformaciones profundas: la globalización y el auge de las industrias culturales han impactado

¹ Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Chile; investigador y académico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey, México. E-mail: vicbarrera@hotmail.com

en los campos literarios locales, imponiendo géneros e instalando estrategias mercantiles de difusión y recepción. ¿Qué papel ha jugado el ensayo en este proceso? En este trabajo describiré el desarrollo del ensayo latinoamericano desde la última década del siglo XX hasta nuestros días, su distanciamiento del espacio público y su tensión al interior del ámbito académico. Intentaré explicar la manera en que el ensayo latinoamericano ha dado cuenta de estas transformaciones y ha ido construyendo un espacio de enunciación propio.

PALABRAS CLAVE: ensayo latinoamericano, Estado-nación, campo literario latinoamericano.

ABSTRACT: During the last decades we have witnessed the transformation of the Latin American nation-state into a kind of sinister simulacrum: a wasteland where neoliberal policies, marginalization and violence intersect. Literature has also undergone profound transformations: globalization and the rise of cultural industries have impacted local literary fields, imposing genres and installing commercial strategies of diffusion and reception. What role has the essay played in this process? In this paper I will describe the development of the Latin American essay from the last decade of the 20th century to the present day, its distance from public space and its tension within the academic environment. I will try to explain the way in which the Latin American essay has accounted for these transformations and has been constructing its own enunciation space.

KEYWORDS: Latin American essay, Nation-state, Latin American literary field

Me dispongo a reflexionar aquí sobre la relación, en el presente, este presente tan confuso, entre el ensayo y el Estado-nación latinoamericano. Dos entes gigantescos a los cuales es imposible abarcar de manera de total, y que dentro de sus propios círculos presentan infinidad de variedades. Reconozco, de antemano, esa

imposibilidad, pero no rechazo la oportunidad de, al menos, trazar algunas líneas sobre este tema tan complejo. Sobre todo, me interesa más lanzar preguntas que, por ahora, encontrar respuestas. Discurrir por la truculencia de los tiempos que corren. Apelo a la doble acepción del verbo *discurrir*: transitar y reflexionar; y remarco el carácter dinámico y múltiple del mismo. Anuncio de antemano mis limitaciones: trabajo desde mi experiencia como ensayista y desde mi condición de ciudadano y habitante de una ciudad latinoamericana que ha padecido los embates de la violencia y el sinsentido de políticas económicas estructuradas para el beneficio de unos cuantos.

Me encuentro, así, ante una especie de encrucijada, en el punto de enlace (o separación, dependiendo el camino que se elija) entre el universo discursivo y la realidad social inmediata. El trasfondo de esta disyuntiva es, por supuesto, la relación entre intelectuales y creadores y el Estado-nación en América Latina. No hace falta traer a colación la inmensidad de estudios y debates en torno a este asunto. Ángel Rama, en su ensayo *La ciudad letrada*, trazó la cartografía de esta relación hasta el despuntar de la década del ochenta, justo en el momento en que América Latina transitaba hacia el neoliberalismo (aunque algunos países, como Chile, ese traslado se había dado de manera violenta desde una década antes); en sus palabras, durante buena parte del siglo XX: “No hubo caudillo revolucionario que no fuera acompañado de consejeros intelectuales, miembros de confusas estructuras administrativas, reorganizadores de los equipos burocráticos indispensables...” (Rama, 2004: 193). Esa vinculación se ha transformado drásticamente en las últimas décadas. Sin embargo, no me atrevería a afirmar que ha desaparecido. La mutación es la constante. Me interesa, por tanto, describir cómo se ha articulado en los últimos años.

Conforme las medidas de represión política o de restricción económica comenzaban a propagarse por todo el territorio latinoamericano, a partir sobre todo del golpe de estado chileno en

1973, el campo literario experimentó la renovación y rearticulación de géneros y prácticas de escritura. El testimonio y la crónica cobraron relevancia. El primero, como sostiene Jean Franco en su ensayo *Decadencia y caída de la ciudad letrada...*, “proveyó lo esencial en los debates posmodernos sobre alteridad y abyección que con frecuencia se habían desentendido de la verdadera violencia hecha a las personas marginadas”. (Franco, 2003: 233) La crónica sustituyó en innumerables ocasiones a los medios de comunicación en la tarea de dar cuenta de la realidad inmediata. En todo caso, se hizo evidente algo que ya sospechábamos: la intrincada asociación entre literatura y política. Hablo, por supuesto, de un proceso que va más allá del tratamiento de temas o asuntos relacionados con la política. Me refiero a la dimensión política de lo literario (y a su infinidad de ramificaciones y entramados): esa índole pública y colectiva de la literatura que enlaza experiencias individuales y concretas con procesos colectivos y comunitarios.

Para referirse al Estado en nuestras regiones, algunos historiadores y críticos hablan con mayor precisión de “necro-estado” (y, en otras latitudes, de “Narco-estado”), el término cobró fuerza, al menos en México, después de la desaparición y muerte de 43 estudiantes normalistas en el estado de Guerrero en 2014. El “necro-estado” es una derivación del concepto *necropolítica*, acuñado, como sabemos, por el filósofo camerunés Achille Mbembe, para quien la soberanía se define como el derecho a matar. Mbembe da una vuelta de tuerca a la noción de biopolítica de Michel Foucault y pone el acento en la institucionalización del estado de excepción o de sitio: “En estas situaciones, el poder (que no es necesariamente un poder estatal) hace referencia continua e invoca la excepción, la urgencia y una noción ‘ficcionalizada’ del enemigo. Trabaja también para producir esa misma excepción, urgencia y enemigos ficcionalizados”. (Mbembe, 2011: 21)

Sin embargo, la denominación de necro-estado remite, por desgracia, a un periodo mucho más largo y nos ha obligado a repensar

las funciones que éste, el Estado, había (o debía haber) desempeñado desde su consolidación continental en las últimas décadas del siglo XIX. En su libro *Una modernidad cruel*, Jean Franco formula una pregunta que, por desgracia, tiene validez hasta el día de hoy: “¿Por qué en América Latina las presiones de la modernización y el encanto de la modernidad llevan a los Estados a cometer asesinatos?” (2013: 12) Difícil encontrar una sola respuesta. ¿En qué momento un proyecto de nación se trueca en lo opuesto: una práctica sistemática de restricciones y represiones? Funciones como el control social y la administración de la violencia (además de la generación de accesos directos a la educación y la salud) han sido trucadas por el manejo del miedo, la utilización de la violencia contra la sociedad civil y la propagación de la muerte. En pocas palabras: estamos ante el aseguramiento de un permanente estado de excepción (con todo lo desconcertante y truculento que pueda parecer ese oxímoron).

De tal forma que, durante las últimas décadas, hemos presenciado (y padecido), la transformación del Estado-nación latinoamericano en una suerte de simulacro siniestro: sitio eriazo donde se cruzan e intrincan las políticas neoliberales, la marginación, la migración forzada y la violencia. Y donde se aplica una surte de “capitalismo *gore*”, como lo ha llamado Sayak Valencia para dar cuenta de hegemonía de un economía global que impacta a los espacios fronterizos (como América Latina, que paga con sangre su tarifa de ingreso al mercado global) y donde el fetichismo por las mercancías es trastocado por el consumo y la mutilación de cuerpos, cuyas prácticas “se sustentan en la violencia sobregirada y la crueldad ultra especializada, que se implantan como formas de vida cotidiana en ciertas localizaciones geopolíticas a fin de obtener reconocimiento y legalidad económica”. (Valencia, 2010: 16)

Las formas de representación (sean de corte político, jurídico o económico) han llegado a extremos casi fantasmales: discursos vacíos que propagan, en los medios, en las redes sociales, la existencia de la democracia y del progreso. Al mismo tiempo, derechos

laborales, educativos y de acceso a la salud, son trocados por sistemáticos procesos de privatización. Ante tal inadecuación, cualquier tipo de ficción literaria causa la impresión de palidecer.

Eso no es todo. La configuración de un permanente estado de excepción parece ser, como ya he sugerido, la norma. El reacomodo de fuerzas políticas y económicas, en permanente lucha, por el acceso y control de recursos naturales. La especulación financiera como modelo económico (y político: quién controla el mercado, controla al país). Las reformas pedagógicas, en concreto: la implantación del modelo de competencias en casi todas las carreras universitarias (incluidas, por supuesto, las de corte humanista).

Esta visión, con la cual concuerdo en buena medida, rechaza de facto la idea del “Estado fallido”, negligente, incapaz de dar respuestas. Tal como apunta Oswaldo Zavala, en su ensayo *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*, “El monopolio discursivo oficial sobre el narco es posible porque la historia del tráfico de drogas en México es derivativa de la historia de las prohibiciones de Estado. Dicho de otro modo, el prohibicionismo estatal es la condición de posibilidad de la existencia y el desarrollo del crimen organizado...” (2018: 41) Lo que se cuestiona aquí no es la existencia de estos y otros grupos delictivos (que por supuesto existen y causan infinidad de daños), sino el supuesto antagonismo entre ellos y el Estado.

Desde la modernidad se ha entendido a la soberanía con base en el deseo por la vida y el miedo a perderla, y por tanto el Estado se alzaba, al menos discursivamente, como garante de ese cuidado. De un tiempo a esta parte hemos padecido un fuerte viraje en esa sensación. Y no estoy negando la existencia de Estados violentos o represores en el pasado (la historia está repleta de ellos), remarco, por el contrario, la sensación de indefensión que el Estado actual provoca de manera sistemática. Para tales fines cuenta con el soporte de las mediaciones (prensa, redes sociales, empresas culturales, proyectos editoriales). No hablo de una alianza, al menos en el sentido

tradicional del término, sino de una alineación generalizada. La imagen del Estado fallido inunda las redes y los debates, engrosa páginas de libros (muchos de ellos alcanzan notables cifras de ventas), alimenta series y documentales. Es una narrativa bien estructurada, aunque deja sin tocar puntos esenciales.

Tal es, a grandes rasgos, el panorama actual en el ámbito de la representación política y discursiva, veamos ahora lo que acontece en el campo literario, con particular acentuación en esa práctica escritural que llamamos ensayo.

La literatura ha experimentado, igualmente, transformaciones profundas: la globalización y el auge de las industrias culturales han impactado en los campos culturales locales, imponiendo géneros e instalando estrategias mercantiles de difusión y recepción. ¿Qué papel ha jugado el ensayo en este proceso? ¿Continúa siendo un género literario a caballo entre la creación y la crítica? ¿O se ha convertido en variable de las ficciones autobiográficas que inundan publicaciones impresas y digitales (un simple producto de la subjetividad neoliberal)? En estas páginas me gustaría describir el desarrollo del ensayo latinoamericano desde la última década del siglo XX hasta nuestros días; me interesa en particular dar cuenta de su distanciamiento del espacio público y su tensión al interior del ámbito académico. Intentaré, para tal fin, explicar la manera en que el ensayo latinoamericano ha dado cuenta de estas transformaciones y ha ido construyendo un espacio de enunciación propio.

Voy a poner en práctica, para tales fines, un modelo de periodización que sirva como guía para marcar los cambios más significativos en este género literario (al que también denomino como “discurso ensayístico” (Barrera Enderle, 2017), con el fin de remarcar su condición peculiar: ser a la vez una práctica, un ejercicio de escritura, y, al mismo tiempo, estar vinculado a un repertorio de formas y estilos). Me gustaría, también, hacer énfasis en las particularidades de su desarrollo en Hispanoamérica, sin descuidar, por supuesto, sus enlaces y tensiones con otros espacios de enunciación.

Ensayo y capitalismo. Es evidente que la aparición y el desarrollo del ensayo estuvieron ligados al nacimiento y la evolución del capitalismo. La invención de la imprenta; la puesta en circulación de nuevos discursos (políticos y literarios) que repensaban las formas tradicionales de representación de la realidad y de las relaciones humanas. Y la libertad en la lectura (para seleccionar y combinar autores, obras, temas, formas y asuntos personales y contingentes), además de la posibilidad de diálogo e intercambio con otros modos de escritura. Tal como lo expuso el académico Claudio Maíz:

El ensayo, en tanto irrupción renacentista, encuentra en otros géneros discursivos, o en la ruina de ellos, los materiales propicios para su configuración y emergencia. Es preciso dejar apuntado que la variedad de formas, en su proceso constitutivo, se articula por medio de una común actitud frente a la realidad, lo que no implica que tales formas necesariamente hayan preparado el camino al final del cual se ubica el ensayo [...] Tales principios constitutivos son la formalización verbal de una especial actitud frente a la realidad. (Maíz. 2004: 34-35)

Algo se ha dicho ya sobre el momento de implantación y de arraigo en el suelo nativo. Para algunos historiadores de la literatura, el ensayo aparece en el horizonte latinoamericano durante la segunda mitad del siglo XIX, y toma fuerza en el cambio de centuria, con el arribo del movimiento modernista (y su peculiar trabajo prosístico). Para otros, el ensayo viene de más atrás, no como un género literario definido, pero sí como una praxis de escritura (y también: como una manera de leer el entorno). En todo caso, resulta interesante comprobar que, hasta buena parte del siglo XX, el ensayo era un género muy cercano a las formas de gobierno (fuera como crítica sistemática o como vía para la difusión del ideario político), a las reformas educativas y a los modos narrativos ligados a la reflexión y el cuestionamiento de la identidad, la cultura y los gustos estéticos. Era el enlace, como sostiene Liliana Weinberg, entre el campo literario y el campo intelectual, pues:

Hasta mediados del siglo XX existía en el ámbito cultural latinoamericano un cierto equilibrio entre la posición del intelectual, el sistema escolar, la producción editorial, un modelo de crecimiento económico y participación política: en suma, un pacto implícito de representatividad entre el ensayista, los temas, el público, el mundo del libro y su articulación con otras esferas del quehacer social. (Weinberg, 2007: 110)

El ensayo de interpretación (abocado, sobre todo, al tema de la identidad nacional y con una sólida tradición que iba del *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento en 1845 a *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz en 1949) y el llamado ensayo literario eran las dos vías que tenía el discurso ensayístico, en la lectura de Weinberg, para articular y enlazar al campo literario con el campo intelectual. A la producción ensayística de esta etapa la llama Weinberg como el “ensayo en tierra firme”. La definición no carece de bases, pues este modo de escritura “cumplió predominantemente la función de *mostrar*, señalar, apuntar a problemas de contexto, en una amplia gama que iba de la didáctica a la denuncia” (Weinberg, 2007: 112-113), todo ello con el fin de diagnosticar y proponer soluciones para transformar la realidad social y los problemas culturales.

No hace falta más que desplegar una mirada al vuelo para percatarnos que este tipo de manifestación se ha quedado atrás en el tiempo; no quiero decir con esto que dichas obras carezcan de valor o sean anacrónicas. Al contrario: su lectura resulta fundamental para articular nuevas formas de reflexión. Me refiero, más bien, al viraje y las transformaciones que tanto el ensayo como el ensayista han padecido a lo largo del siglo XX. Esto nos deja en la incertidumbre del presente: el nebuloso momento actual que referí al iniciar este ensayo. Para explorar la inmediatez no queda otro recurso que la interrogación y el avanzar a tientas, cuidando los pasos y guiándonos más por el instinto y la intuición. Y no detenernos. ¿Por dónde empezar? ¿Hacia dónde mirar? Creo que tendríamos que iniciar desde un simbólico punto cero. Interrogar nuestras prácticas de escritura y lectura y su vínculo con lo público.

¿Cómo opera el ensayo en la actualidad? Me refiero, en concreto, a qué tipo de prácticas ejerce, tanto al interior del campo literario, como dentro del contexto social. El ensayo: ¿es todavía una manifestación intelectual? Es decir, ¿todavía se articula dentro del marco de las actividades racionales de la modernidad tardía? La ya citada Liliana Weinberg llama al ensayo latinoamericano actual, siguiendo una imagen sugerida por Juan José Saer, como un “género sin orillas” y describe su metamorfosis de la siguiente manera:

Las propias demandas de transformación del modelo centrado en los ejes de historia, cultura y sociedad, que fue definitorio y característico para el ensayo “en tierra firme”, se traducen hoy en una mayor integración de cuestiones vinculadas a la memoria, la autobiografía, el testimonio, el cuerpo y un nuevo sentido de la dinámica identitaria, que abre incluso las fronteras del género. (Weinberg, 2007: 112)

Conuerdo en lo sustancial con Weinberg; sin embargo, para mí el vínculo se ha roto. Existen ahora otros medios (y otras mediaciones) para dar cuenta e intervenir sobre la realidad. La condición dialógica (tan necesaria para el desarrollo del ensayo) se tambalea ante el farrago de la sobre información y las *fake news*. La esfera de la opinión pública se revienta frecuentemente ante el más superficial de los *trending topics*. La virtualidad como aspiración de futuro. En contraparte, el peso de la realidad sigue cayendo sobre nosotros: pauperización masiva; analfabetismo funcional; y mercados de guerra en gran parte del territorio latinoamericano.

¿Qué sucede, entonces, con la relación entre ciudadanía, espacio público y representación? ¿Cómo se llevan a cabo los procesos, tanto creativos como críticos, en el ámbito de las industrias culturales (y podríamos incluso ampliar este cuestionamiento hasta hacerlo llegar a los espacios académicos)? Y ya que he mentado en mundo de las universidades, esos lugares al borde de la crisis y la privatización: ¿existe algún vínculo visible entre la reflexión que se



realiza al interior de las aulas y la esfera pública (incluido aquí el universo virtual)? Al acercarme a estas interrogantes, retomo de nueva cuenta mis consideraciones sobre el ensayo (el ensayo latinoamericano, para más señas). Ya lo apunté en otra parte (Barrera Enderle, 2017), pero creo necesario repetirlo aquí: no propongo una defensa del género en sí, sino la apuesta por una práctica discursiva que apela a la interlocución y al ejercicio de la ciudadanía, a través de la reconfiguración del sujeto enunciante. Hoy precisamos de la constante transformación y rearticulación del ensayo. No busco ni persigo esa manifestación de largo aliento (plantada en “la tierra firme”), sino una práctica más sencilla y modesta, pero no por ello menos importante. Hacer de la discursividad ensayística una forma de crítica y ejercicio ciudadano.

Como ya he sugerido, desde su implantación en estas tierras el ensayo (y el ensayista) se ha visto en la necesidad de confrontar todo tipo de políticas públicas (valga la redundancia), desde la educación hasta las más disparatadas formas de gobierno. Algunas veces desde la oposición, otras desde la concordancia, pero, casi siempre, tratando de mantener un distanciamiento (distanciamiento en todas las direcciones), que no ha implicado, al menos hasta ahora, aislamiento. Los retos distan mucho de ser pequeños. Se trata, nada menos, de reconfigurar inercias en el campo literario para, desde ahí, reinstalarse en el espacio público (cualesquiera que este sea).

Mi discusión, lo veo más claro ahora, tiene que ver con dos frentes que se entrecruzan (a veces se confrontan), pero que persiguen fines diferentes. Por un lado: indagar el lugar que ocupa el ensayo (en cuanto práctica de escritura y ejercicio de lectura) en el campo literario latinoamericano, con sus luchas y discusiones, sus actores hegemónicos y emergentes. Por otro, el lazo con las formas de representación política emanadas de la modernidad, con sus particularidades en el ámbito de América Latina. ¿Estoy sugiriendo el retorno de las funciones públicas que solía desempeñar este género literario en el pasado? Sí y no. Sí, en cuanto considero fundamental

retomar ciertas discusiones que deberían ser públicas (o, al menos, reinstalarse en ese espacio). No, porque las condiciones actuales son diferentes: de ahí que no apele a la nostalgia, sino a la reinención.

Este entrecruzamiento pone en relación o, más bien, hace evidente la relación entre diversas instancias que van desde lo más orgánico (como el cuerpo) hasta la resignificación de los espacios (los nuevos territorios que estamos habitando); por lo tanto, toca el asunto de la biopolítica. Parte del cuerpo porque el ensayo presupone a un sujeto enunciante concreto; se extiende a un territorio porque describe de manera explícita e implícita las múltiples maneras de significar un espacio dado (¿cómo lo habitamos? ¿De qué manera le damos sentido?); y finalmente reflexiona y cuestiona las diversas maneras en que se administra y regula tanto las vidas particulares, como las sociedades. Ensayo, literal y literariamente, un amplio repertorio de preocupaciones básicas, desde las construcciones de género, las diversas manifestaciones de la sexualidad, las reformas educativas impuestas desde el mercado, la alienación mediática, las transformaciones en la nación de lo literario, la condición heterogénea de los países latinoamericanos, las transformaciones padecidas en el concepto de ciudadanía (la conversión del ciudadano en consumidor y la visibilidad social a través del consumo), el reparo en las formas de resistencia (y en los poderes que a veces genera), las nuevas conductas con respecto a la ecología (incluidas aquí, por supuesto, nuevas relaciones con la flora y la fauna), y por supuesto la reflexión en torno a la memoria (vinculación con los géneros testimoniales). Se trata de repensar las formas de representación en todos sus niveles.

Si en la etapa que comprendía su permanencia “en tierra firme”, el ensayo era el enlace entre los campos literarios e intelectuales, ahora debería serlo entre la esfera pública y los diversos movimientos sociales que han emergido en los últimos años, y cuyas demandas siguen en espera de cumplimiento. Ahora bien, ¿cómo se podría vincular al ensayo con tales movimientos sociales que están

sucediendo a lo largo y ancho de los países latinoamericanos? Las posibilidades son amplias, sin embargo, la clave podría (y debería) estar en la crítica. Hablo de una suerte de filtro para las emociones y las ideas, que, en lugar de aligerarlas, las vuelva más nítidas.

Esta propuesta, bien lo sé, podría causar la impresión de ir en contra de las manifestaciones ensayísticas recientes, más preocupadas por la exploración y descripción del mundo propio, en una suerte de solipsismo expositivo. ¿Cómo acortar la distancia entre ese lector o lectora *refugiado* en una atmósfera de libros y referencias culturales? No creo en las torres de marfil: todo ensimismamiento es también una relación con el exterior, con la realidad circundante. ¿Cuál ha sido la causa de ese viraje? Algo he apuntado al respeto, me limitaré aquí a decir lo básico: desde los años noventa, el campo literario latinoamericano ha padecido los embates de la hegemonía de las industrias culturales. En ese proceso, los géneros reflexivos han recibido los golpes más intensos: clausura de espacios de enunciación y la conversión de la crítica pública en propaganda y mercadotecnia. El ensayo ingresó al nuevo mercado literario como bitácora personalizada o respuesta mediada de algún tema contingente. Mientras tanto, en el ámbito académico, se consolidaban dispositivos precisos: congresos, tesis y obras especializadas. Entre un extremo y otro (entre la publicidad y la especialización) quedó poco lugar para la discusión pública de los temas literarios y culturales.

Liliana Weinberg, en el texto ya citado aquí, habla de una doble condición del ensayo: la forma de la moral y la moral de la forma. Registra con ello nuevas exploraciones y sondeos (aunque casi no toca el tema de la relación con las industrias culturales):

La forma de la moral: el ensayo, texto ligado siempre al mundo de los valores, se dedica ahora también a nuevos temas, como la crítica de las instituciones, de la democracia o del concepto de ciudadanía. Se debe tomar en cuenta que para muchos ensayistas, la clave misma del ensayo

sigue siendo la cuestión de la moral en el generoso sentido del término, y que el ensayo no puede pensarse sin un nexo con la ética. (Weinberg, 2007: 121)

Para Weinberg, el ensayo literario se ha fortalecido en los últimos años, pasando del *didactismo* al *demonismo* o la exploración de zonas fronterizas entre el discurso y el silencio; el descubrimiento de regiones oscuras de sentido; el desvío de la norma; la afirmación de la no identidad; el reparo en la fragmentariedad, en la sorpresa y en la ruptura. Rescato, sin duda, estos logros (estilísticos y temáticos); pero presiento que aún estamos lejos del gran ensayo de nuestro tiempo (tal vez aparecerá o ya haya aparecido en una forma totalmente inusual). ¿Es posible la concreción del ensayo sin la exposición de ideas y la espera de un diálogo? En otras palabras: ¿podemos hablar del ensayo sin colocar al ensayista en la condición de ciudadano? Y si lo somos, de qué tipo de ciudadano estamos hablando: ¿participativos, pasivos, demagogos? Muchas interrogantes en el camino y, de momento, pocas respuestas. Y, también, infinidad de desafíos: sortear los obstáculos cotidianos que se agigantan de un tiempo a esta parte; sobrevivir en un medio cada vez más precarizado como el cultural y el académico (flagelado lo mismo por gobiernos neoliberales como por nacionalistas de izquierda: para los primeros, un gasto superfluo; para los segundos, una elite privilegiada y evasiva que necesita reivindicarse).

Comienzo a cerrar estas inquisiciones con el reparo en varios puntos, o, mejor dicho, en varias líneas de análisis que considero fundamentales. Va la primera línea. El rechazo a la idea de la destrucción total del estado, es decir, a la apuesta por su erradicación definitiva. Prefiero pensar en posibles readecuaciones que pasarían por los siguientes retos urgentes: reinstalar las demandas de igualdad, demandar la justicia social, reclamar el acceso a la salud y la educación, pugnar por nuevas formas de representación (que abarquen, entre otras cosas, a las nuevas identidades), y luchar para que sea un

mediador eficiente y no sólo un intermediario del mercado y el capital globalizado. Va la segunda. La necesidad de configurar y hacer visible un sitio para la crítica. Y por crítica me refiero a un modo de conocimiento necesariamente movible (capaz de mirarse y cuestionarse a sí misma). Es en la intersección de esas dos líneas donde colocaría al ensayo. Para tal efecto es, creo yo, necesario pensar una vez más la relación actual entre la academia y la sociedad en Latinoamérica: tomando en cuenta las particularidades del contexto. Precarización endémica, violencia epistémica, imposición del modelo de competencia, pérdida de la autonomía, crisis de las humanidades y un largo etcétera.

Ahora bien, esto que he mencionado no debe verse como una imposición temática o una preceptiva literaria. Estoy, sobre todo, describiendo las condiciones de la escritura. El camino por seguir deberá ser trazado por cada cual. Digo lo anterior porque si bien trabajo con el ensayo como forma de expresión (y reflexión); también me desempeño como académico en una universidad pública, y a mi labor escritural debo añadir el lidiar con la burocracia universitaria (los embates de los modelos tecnológicos y científicos que nos obligan a redactar *papers* y seguir los rituales de las evaluaciones), así como sortear los obstáculos de la vida cotidiana (como sucede en cualquiera de nuestros países).

Pensar el ensayo y su relación (y confrontación) con el estado, en otras palabras, discurrir por la truculencia de este presente latinoamericano es, al menos para mí, una manera de recobrar mi condición de ciudadano.

Referencias

ADRIAENSEN, Brigitte y Marco Kunz (Eds.). *Narcotráfico en México y Colombia*, Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2016.

BARRERA ENDERLE, Víctor. *El centauro ante el espejo (charlas y apuntes sobre*

el ensayo), Monterrey: UANL, 2017.

FRANCO, Jean. *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, traducción de Héctor Silva Míguez, Barcelona. Editorial Debate, 2003.

_____. *Una modernidad cruel*, traducción de Víctor Altamirano, México: Fondo de Cultura económica, 2016.

LUDMER, Josefina. *Aquí América latina: Una especulación*, Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010.

MAÍZ, Claudio. *El ensayo: entre género y discurso. Debate sobre el origen y funciones en Hispanoamérica*, Mendoza, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras / Universidad Nacional de Cuyo, 2004.

MBEMBE, Achille. *Necropolítica*, traducción de Elisabeth Falomir, Barcelona: Melusina, 2011.

RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*, prólogo de Carlos Monsiváis, Santiago de Chile: Tjamar Editores, 2004.

SILVA, María Guadalupe (Coordinadora). *Literatura y representación en América Latina: 10 ensayos críticos*, Buenos Aires: NJ Editor, 2012.

VALENCIA, Sayak. *Capitalismo gore*, Barcelona: Melusina, 2010.

WEINBERG, Liliana. “El ensayo latinoamericano entre la forma de la moral y la moral de la forma”, en *Cuadernos del CILHA*, vol. 8, núm. 9, 2007, pp. 110-130.

ZAVALA, Oswaldo. *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*, Barcelona: Malpaso, 2018.

Recebido em 15/02/2020

Aceito em 15/05/2020